

Seudónimo : Checco2004 Título: Indiana Categoría: Cuento

Indiana:

La colonia agrícola militar de “Nueva Roma”. Liderada por el teniente coronel Olivieri, parecía una gran idea. Cercana a Bahía Blanca, en ese año de 1856, podía transformarse en un centro de trabajo rural y a la vez defensa militar contra la violencia y el desorden de la zona. El conflicto entre el Estado de Buenos Aires y los Estados provinciales liderados por Urquiza, no daba respiro. Los tratados de paz y colaboración con los pampas catrielistas, o los salineros de Calfucurá y al profundo sur los tehuelches comandados por Yanquetruz, eran, volátiles e inestables.

Los hombres de la colonia agrícola militar eran duros, valientes pero tendientes a la indisciplina. Como Italia en aquella época no era más un conjunto de reinos y dominios, aún pendientes de unificación, de la misma manera los integrantes de aquel grupo se diferenciaban entre sí. Esa misma “legión italiana”, fue distinguida, luego del fin del asedio a la ciudad puerto de Buenos Aires por las fuerzas de Hilario Lagos aliadas al Congreso de Santa Fe de las provincias federadas. Ese fue el bautismo de fuego de la “Legión Italiana”, que luego comandada por Olivieri, fundó la Colonia, por cuenta del Estado bonaerense, a poco más de 48 kilómetros de Bahía Blanca sobre dos montículos, “Monte Appio” y “Monte Pincio”, en un lugar que los nativos llamaban “Cuelio”.

En el entretejido del devenir de esos turbulentos años, participaron muchas personas. Es imposible recordarlas a todas. El tiempo se encargó de erosionar las páginas de “La Legione Agrícola”, así como las construcciones de aquel momento. Pocos meses después, el 29 de septiembre de 1856 un motín acabó con la vida del coronel Olivieri, el capellán de Bahía Blanca y dos asistentes del comandante. Ese episodio desmembró el grupo, algunos fueron a Bahía Blanca, otros fueron investigados por la comisión que envió el gobierno bonaerense. A la conyugue de Olivieri, Leocadia Cambaceres, le informaron que en el campamento vivía una pequeña, de unos cuatro o cinco años que llamaban Anna, a la italiana. Por esas cosas increíbles que por la realidad ocurren, nadie podía asegurar fuera hija de Olivieri o de algún colaborador. La señora, por su lado, no tenía ninguna noticia al respecto y decía conocer bien a su marido.

Sola entonces, la niña quedó allí, entre los hombres que iban y venían. Alguien dijo que se ocuparía el ejército de línea cuando llegara. Ya que ese era el futuro de esa posición, se transformaría en un fuerte militar. Se anunció que llegaría un teniente coronel de apellido Susini, pero no se sabía el momento preciso. Como nadie sabía bien qué hacer con la niña, no se hizo nada y allí quedó.

Anna entendía poco de alianzas, oportunidades políticas o estrategias. Sus pocos años de vida no fueron muy generoso. No hablaba mucho sustancialmente porque su vocabulario era muy escaso. Vio morir su padre el día del motín. Observó cómo su cadáver desaparecía mientras a uno de los otros lo llevaban en un ataúd, única carga de un carro. Ciertamente se trataba de alguien importante. No creía fuera el caso del hombre que la crio.

Aprendió algunas palabras, que ella no diferenciaba exactamente a qué idioma correspondían. La comida no era abundante y tuvo la impresión que se venían cambios importantes en el lugar. Logró captar que iba a aparecer el ejército. No sabía bien que hacer ni dónde ir. Entonces se quedó. Escondida entre las construcciones que se iban abandonando. Afortunadamente el pozo de agua quedó activo y eso la ayudaba mucho. Pasó también el invierno y hacia fin de año llegó el ejército. Era un grupo bastante grande, lanceros indios, otros hombres morenos que parecían muy jóvenes y un conjunto de personajes a caballo con mejor vestimenta. Se movían al son de órdenes que gritaban los de a caballo y repetían otros de a pie. Un miedo instintivo la recorrió de pies a cabeza. Uno de los hombres la vio y le gritó algo que no entendió. Corrió a esconderse del otro lado del cuartel detrás de unos espinillos, acostada como una lombriz. Desde allí miraba con atención los preparativos. Era mucha gente, todos con armas y dispuestos con particular orden. De pronto, una voz a su lado le dijo algo. ¿cómo pudo acercarse tanto? Tuvo un ataque de llanto, pero trató de no hacer ruido, se contuvo con gran esfuerzo. Por las dudas se puso de pie, tratando de cubrirse con las plantas. El que la miraba era un joven, mucho más grande que ella, un muchacho. Llevaba en la espalda un tambor y otras cosas que no pudo identificar. Pero reconoció el tambor porque ya lo había visto antes en la colonia. El joven era moreno, diferente a ella. Como si fueran diferentes tonos de la misma piel. También le sonreía. Tal vez fuera amistoso. Pero no estaba segura. ¿cómo saberlo? De pronto el muchacho abrió grandes los ojos y, al instante la boca como para gritar algo. Pero Anna no escuchó nunca lo que

hubiera querido decir. Desde el piso se levantó una sombra y con un cuchillo cortó la garganta del moreno. La sangre salió con tanta fuerza que le cayó a ella a salpicones. Uno sonidos inconexos se escucharon mientras la figura se retorció en el suelo polvoriento. Ella se quedó mirando, conocía la muerte, pero no dejaba de ser impactante. Así le dio tiempo a la figura que le pegó tal tajo al tamborcito a tomarla por el hombro y la cintura y comenzar a correr con ella así alzada hacia un pequeño monte que se veía a poca distancia. Nadie en el campamento parecía darse cuenta. Cuando llegaron al abrigo del lugar cercano, debajo de algunos de los pocos árboles, la joven fue depositado sobre la tierra y entonces, finalmente miró a su captor y vio a los otros. Ellos también le dirigieron la palabra. Su lenguaje a ella le era incomprensible. Anna era chica, pero no tonta. Esos eran indios. De las pocas conversaciones que escuchaba en la colonia y el escaso vocabulario que manejaba, recordaba perfectamente el término y el contexto que creía entender. Optó por no hablar, dado que tampoco sabía ni que ni como decirlo. Comenzó a hacer su propia composición de lugar. Eran guerreros, gente de cuidado. El que la había capturado parecía uno de los jefes. No era tan bajo como se imaginaba y era joven. Mucho más grande que ella, pero seguramente no era viejo. Uno de ellos silbó de un modo raro y aparecieron unos caballos. Se subieron todos. Anna iba con su guerrero y comenzaron a galopar en dirección al sur. Sin saber porque se puso a llorar.

Finalmente llegaron a un gran conjunto de toldos, algunos hechos con ramas, otros con cueros, algunas más grandes otras más chicos. No le resultó hostil, al contrario. Hablaban entre ellos en un idioma que Anna desconocía, que tampoco le sonaba tan mal. La bajaron del caballo y la llevaron a un toldo con cueros nuevos y algunos bien trabajados. El guerrero iba adelante y ella atrás. Entró con él a la carpa. Se levantó un hombre, ya no tan joven. Su figura era robusta, aunque ya no pareciera tan ágil como los otros. El hombre la comenzó a examinar, como recordaba se palpaban algunas ovejas en la colonia. Parecía conforme con su examen, si eso era lo que estaba haciendo. Cuando dejó de revisar, intercambiaron algunas palabras y en unos minutos apareció una mujer adulta, casi una anciana por la cara cruzada por arrugas. Pero fue ella la que le dio una mano y así salieron del toldo. Ese fue el comienzo de su vida en el campamento de Juan Catriel y sus guerreros. Ella no lo sabía, pero era el llamado “el joven”, su campamento era transitorio porque en unos días irían más al oeste, hacía Olavarría y Azul.

Durante esos años aprendió muchas cosas. Su nombre mutó a “Celia” por iniciativa del cacique. Por lo tanto, se fue asumiendo progresivamente con esa nueva versión de sí misma. Lo del nombre era solo un detalle. Pero uno importante. Observó cómo copulaban las ovejas, los caballos, los perros y finalmente ella misma. No le resultó dramático, pero tampoco extraordinario. El cacique tenía ya más de cincuenta años y muchas batallas encima. La vieja, ya entrada en años cuando la conoció, la iba preparando para las distintas circunstancias de la vida, especialmente la maternidad. Llegada a mujer, sin embargo, los embarazos no llegaron. El cacique tenía largos conciliábulos con la anciana. Le dieron para tomar pócimas a ella y a él. Pero no hubo caso. Celia estaba bastante integrada al grupo de mujeres de la casa del cacique, como una más. Tenía habilidades manuales para el trabajo con las piedras, el mimbre, el diseño. Algunos dicen que la famosa “guarda pampa” devino de una idea de ella, otros lo niegan. Lo cierto es que era habilidosa. No era de mucho hablar, pero aprendió el mapudungun derivado del tehuelche y con influencias araucanas, así como el puelche mismo. Siendo así multilingüe. Pero, como no hablaba mucho tampoco tenía mucho vocabulario. Cuando en 1866, diez años después, un 24 de diciembre, murió en combate el cacique llamado “el joven” aunque ya pasara los 57 años, las cosas se complicaron para Celia. Para ella era incomprensible esa muerte, combatiendo con tropas del gobierno y contra otros indios supuestamente sublevados. El cadáver la convenció de lo terrible de esas luchas, pequeñas batallas que seguramente no entrarían a la gran historia de la nación pampa, pero se llevaban sus mejores hombres. Durante la noche se le aparecían palabras en su lengua, cutranecn (dolor), huechi (amigo), hueycchan (guerra). Se despertaba llena de sudor en ese verano de 1867, con el impulso de escapar, pero sin saber dónde ir. Para colmo, el hijo del gran caique, Cipriano Catriel, no le resultaba un hombre valioso. Más bien peligroso, pero ella no entendía nada de política.

Una tarde de ese mismo verano, estaba tejiendo en su telar de madera, luciendo su cabello oscuro recogido con una peineta de plata que le había regalado el fallecido cacique. También llevaba en la muñeca una pulsera con unas iniciales que nunca descifró. Pero cuando el viejo jefe o “ganac” se la regaló ella no se separó más del adorno. El anciano jefe fue generoso con ella. Esa tarde calurosa un impulso la hizo levantar la vista. A lo lejos parecía venir un temporal. Esas lluvias de verano, con

mucha agua y tanto estruendo. Hace mucho ya que nadie la vigilaba. ¿dónde iba a ir? Esa pregunta se le metió en la cabeza con intensidad obsesiva. Nunca se sintió tan tensa. Algunos hombres estaban revisando la firmeza de los cueros y las mantas que eran tensadas por los tres postes que sostenían los toldos. Finalmente comenzaron los estruendos del meteoro. Nadie se fijaba en ella. Cipriano que estaba deambulando por allí, entró a su gran toldo con una de las mujeres. De nuevo un impulso le dio cuerda, energía, vitalidad. Recuerdos de un pasado remoto surgieron desde algún lado como ruidos agudos en su mente de joven mujer.

-pilan- exclamó, o sea “no quiero”. Pero no siempre lo que se dice es lo que se hace. Esa noche escapó sin rumbo. Mientras el cielo se desparramaba en agua sobre la pradera, Celia, con su hábito pampa de caminar largas distancia, avanzaba sin miedo. Llevaba un gran cuchillo y una ansiedad que le generaba energías. No la molestaba el agua, su tejido la protegía y era una noche cálida. La lluvia bajó un poco la temperatura, pero estaba muy agradable. Caminó toda la noche y decidió descansar, acabada la lluvia, con el sol ya brillante de la mañana. El sueño fue agitado y varias veces se despertó pensando en alguna fiera que pudiera haberla olido. Pero no era más que una liebre o una perdiz. Una vez abrió un ojo y vio el volar majestuoso del ave reina, alta y lejana pero que seguramente la veía perfectamente a ella. Imágenes extrañas, indescifrables se le afloraban desde el inconsciente, cosas, sonidos y colores que Celia no podía desentrañar. No había tomado ninguna pócima ni aprovechado alguna hierba de las que conocía. No le dio importancia, solo consideró que esta nueva libertad desataba algo escondido. Que no sabía lo que podía ser. Ya tendría tiempo de averiguarlo. Fue entonces que se puso a pensar cuál era su plan. No tardó mucho en sacar conclusiones, no tenía ninguno. Juntó las pocas cosas que llevaba, entre ellas escondió la peineta de plata, pero mantuvo puesta la bella pulsera. No era una buena idea si la encontraban con eso puesto, pero la necesitaba casi como amuleto.

El territorio estaba plagado de bandidos de todo tipo. Aunque no encontró ninguno. Celia no usaba mapas y tampoco los hubiera tenido disponibles. Pensó que en esa dirección se iría acercando a la gran ciudad de la que todos hablaban, Buenos Aires. Sin saber bien por cual razón, le pareció que eso era un plan e iba en la dirección correcta. Con el cuchillo se las arreglaba para cazar lo imprescindible, vizcachas,

alguna liebre desprevenida, y con las manos tomaba el agua de un arroyo o laguna. Experta en sobrevivir.

Pasaron muchos días y la mujer comenzaba a dudar si ese rumbo era correcto. Muchas veces, escondida, vio pasar hombres a caballo, militares, caballería de indios pampa, desertores y últimamente cada vez más observaba reseros. Hombres de buen montar y expertos en las tareas de campo que llevaban vacunos de un lugar a otro. ¿Qué iba a hacer? ¿Vagar eternamente por la inmensidad de esos campos? Ni ella lo sabía. Era la primera vez en su vida que no tenía un patrón, jefe o como se llamaren. Esa sensación era espléndida. Una mañana, con las primeras luces del alba, creyó sentir unos ruidos. Abrió los ojos. pero no se movió, por si era alguna bestia salvaje. Se olía ganado en las cercanías, pero como estaba tras unas pequeñas rocas, su visual no era tan amplia. No miraba hacia atrás. Así fue como apareció Juan de Dios Ramírez, resero de San Pedro. El hombre se movió apenas para que ella pudiera advertir su sombra, por lo primeros rayos. Entró en su visual. Sonreía y no tenía nada en las manos. Celia, igual, aferró el cuchillo bajo las mantas. Con un gesto las hizo a un lado y el hombre vio que estaba armada. Le dijo algo, en un idioma que ella no entendía. Celia respondió en puelche. El comprendía bastante porque llevaba ya algunos años recorriendo la zona. No manejaba más que algunas palabras, pero alcanzaba, para que ella entendiera.

-mec hueychan- alcanzó a decir, “mec” era justamente la negación de la guerra, “hueychan”.

Ella se rio por el acento, pero perdió agresividad. Ese hombre le resultaba amigable. Ella lo quería creer. Tal vez necesitaba creer. Y creyó.

Juan de Dios Ramirez no era un hombre ilustrado, pero tenía la tradicional lealtad y sentido del honor del gaucho. Sus manos grandes, su pecho amplio, su tez cobriza y sus pómulos altos, facilitaron su acercamiento. Celia, en su aspecto, no se parecía en nada a ese perfil, pero se había criado entre ellos. Por eso el hombre, levantó las cejas y comprendió la circunstancia de un trazo rápido. Era una cautiva que huía. Posiblemente llevara tanto tiempo que no recordaba otro idioma que el propio de los pampas con quienes se crio. ¿Por qué habría podido escapar? Eso no importaba y no cambiaba la cosa. Fuera una estéril, asesina o mujer de mal vivir su deber era ayudarla. Eso hizo. Con gestos trató de explicarle. Así fueron caminando hacia el

grupo de vacunos que estaban detrás de un monte. Había otros hombres, pero nadie comentó nada. Juan de Dios Ramírez era respetado y nadie se metía en sus asuntos. Alguno pensó como lo tomaría su esposa Venancia. Pero nadie se metió. El solo dijo que era una cautiva. Varios se santiguaron. Cuando vio ese gesto Celia tuvo una extraña sensación. Como si fuera algo conocido, pero de identificación incierta. Tomó conciencia que, entre ellos, lo poco que hablaban lo hacían en un idioma que tampoco conocía.

Venancia la recibió con afecto, la ayudaría con sus labores en el modesto rancho que compartían. Tenían varios hijos y los conoció allí. La recibieron muy bien. Se quedó con ellos y adaptó muy rápido.

Era una vida austera, pero la joven colaboraba con gran habilidad manual. De hecho, con maderas y utensilios pudieran construir un rústico telar y ella comenzó a hacer valer sus trabajos, por lo menos para completar la vestimenta de su nueva familia. Un día vino un cura y se puso a hablar con Venancia. Al corto tiempo volvió a aparecer con unos instrumentos, una pequeña vasija plana y brillante con agua. Hizo unos movimientos cortos y rápidos, le roció con agua la frente, le practicó unos signos y dijo algo inentendible. Por la actitud de los dos mayores comprendió que tampoco ellos entendían mucho, pero lucían contentos. Les dejó un papel, que leyó antes de irse, que a su vez le entregaron.

El sacerdote que debía ser italiano dijo al alejarse, cuál si hablara al viento,

- "dovrebbe chiamarsi Indiana. ¡altrocché!"

Nadie, entre ellos, aun habiendo escuchado podía traducir o entender eso. Se limitaron a explicarle como pudieron que ahora, por esos papeles que les había leído el cura y ellos recordaban de memoria, se llamaba María.

Cuando la familia se mudó a Areco la llevaron con ellos. María ya tenía sus documentos. En ellos decía que tenía veinte años. Segundo, que era el hijo con quien mejor se llevaba, era un experto en las labores campestres. Aprendió mucho de él, hasta que por sus trabajos lo empezó a ver cada vez menos. Ella, ya no era una cautiva. Si bien hablaba con dificultad el español, conocía ya lo suficiente como para comunicarse. Aquel año de 1872, Segundo, que ya cumplía veinte años, había vuelto a la casa, antes de llevar un gran rebaño hasta el litoral. Si bien tampoco se

festejaban mucho esas fechas, esta vez había alegría en la modesta casa en las afueras de San Antonio de Areco. Fueron ambos a dar un paseo. Cabalgaban por el campo en plena libertad. María comenzó a sentir un llamado en su ser. Algo que nunca había experimentado y no se animaba a decir. Sin saberlo Segundo le dio el inicio de la respuesta,

-tengo ahora un trabajo grande para el Litoral y luego, si todo sale bien, me esperan muchas tareas, lejos de casa.

María no quiso preguntar cuán lejano podía ser. Comprendió que su fantasía no tenía sentido. Ella una pobre cautiva sin nombre permanente y no podía aspirar a un hombre como Segundo. El sol de la tarde caía todavía cálido en ese mes de marzo. Una larga sombra salía desde el cuerpo del hombre. Observó la suya, aunque con dificultades, le pareció muy modesta. ¡su pensamiento era loco!

Nunca había tenido esas sensaciones. Disfrutaba la novedad, pero a la vez le traía sufrimiento. Mientras lo miraba de reojo, veía que su cara era la de un hombre bueno, su cuerpo el de alguien forjado en la disciplina de madrugar y esforzarse. En eso se parecían. Quería decirle algo, pero no se animaba. Segundo parecía muy cuidadoso y prudente. No como tantos hombres con que se había encontrado que la perseguían como una presa, cautiva como en el corral más por su condición de mujer que por otras leyes. Esas sin juez ni códigos. A varios los había acomodado como para que no olvidaran las consecuencias de la afrenta, de la violencia, del abuso. Todo eso pasaba por su cabeza. Pero no era tema de conversación para su compañero. Ella hubiera querido inmovilizar el tiempo allí, en ese instante, junto a él, uno al lado del otro, aunque fuera sin hablar, ni actuar. ¿cómo decirlo? Era impensable que ella, mujer, declarara lo que sentía, que era amor, el del bueno. No era costumbre. ¿Qué le importaba eso? Que no fuera lo común no la afectaba en absoluto. Otras cosas también la preocupaban. No solo que Segundo no quisiera saber nada de amor o vínculos. Era probable que sus padres se opusieran a semejante relación. ¡con una cautiva! Una mujer fugada de las tolderías. Ya eso solo era raro, porque no era fácil escapar de allí.

Un alboroto interior nunca antes percibido se apoderaba de su cuerpo, calor, vibraciones, hormigueo en su estómago, transpiración sutil y la sensación que la humedad suavizaba su femineidad.

El hombre contemplaba el monte, el grupo de árboles cercanos como si estuviera distraído, pero no lo estaba. Ninguno de los reseros, jóvenes o viejos, aprendices como Segundo o expertos en la conducción de manadas, en esos llanos infinitos, desconocían el aroma y las señales de la atracción. Intuición genuina o aprendizaje Segundo también miraba de reojo a María, la cautiva. Sin que se notara o por lo menos confiando en que ella no lo hiciera se fue acercando. Ya estando más cerca se convenció que la mujer con la piel oscurecida por el sol, y ese perfil especial también se había fijado en él. Definitivamente era distinta. No hizo falta más que la conexión en la primera mirada, la que ambos hicieron de frente, sin pestañear ni achicarse. Solamente con eso se encontraron. Una correspondencia de sentidos, tal vez de amor, pero seguramente de atracción los recorrió en ambas direcciones.

El tiempo se perdió por un par de horas. Ella no era de mucho hablar y él, en aquella época, tampoco. Varias veces sus cuerpos se enlazaron, entrecruzaron, intercambiaron, penetraron y otras tantas descargaron su pasión. Inesperado para él. Deseado por ella. Disfrutaron, uno abrazado al otro, un largo tiempo, mirando los árboles. No dijeron nada. Ella comprendía que era el momento de decir algo, comprometerse, decirse en la cara lo que sentían. Pero no pudieron hacerlo.

Cuando volvieron al rancho, contrariamente a lo esperado, María no tenía alegría, sólo una mueca que cortaba su cara bronceada. Facciones tan reconociblemente mediterráneas, para quien entendiera el tema.

El padre observó todo y sin hablar comprendió lo que había sucedido. La vida era injusta, muchas veces, no era novedad. Cada uno se debía a su destino, fue, así, toda su pesimista reflexión.

Segundo, en la siguiente madrugada, salió a su nueva gran tarea, que le demandaría una larga ausencia.

Un día, un tiempo después y sin que él regresara, Indiana, dejó de ser María. Cuando estaba por caer la tormenta, avisó que iba a salir.

Venancia, intuyó algo y trató de calmarla. El hombre, dejó el mate y la interrumpió

-cada uno se debe a su destino. Si debe ir que vaya. Nunca dejó de ser una cautiva. Una Indiana.

María salió poco antes del temporal y, por lo menos ellos, no supieron más nada de la Indiana.